

El populismo no pasa sin dejar huellas

 clarin.com/opinion/populismo-pasa-dejar-huellas_0_S14nz7DQZ.html

¿Cambió el ciclo populista en América Latina? Si por “ciclo populista” entendemos los días de gloria del Socialismo del Siglo XXI, cuando Hugo Chávez amasaba imitadores y clientes por toda la región, es obvio que esos días se han ido. El experimento quedó sepultado entre las ruinas del precio del petróleo y el descenso al infierno de Venezuela, donde el modelo autoritario y estatista fue llevado hasta sus últimas consecuencias.

Cierto es que permanecen en el poder algunos de sus imitadores más directos, pero hoy son pálidas copias de sus días más rutilantes. La Revolución Ciudadana de Rafael Correa ha entrado en su fase vegetariana, mientras Evo Morales ya no luce capaz de imponer a Bolivia sus sueños de perpetuación en el poder. En Nicaragua, lo de Daniel Ortega no es una criatura del siglo XXI sino una copia demorada de la experiencia dinástica y cleptocrática de Somoza.

En otros países, bajo el peso de distintas combinaciones de irresponsabilidad, autoritarismo y venalidad, gobiernos vagamente afines al chavismo fueron dando paso, por las buenas y también por las malas, a opciones políticas centristas o conservadoras. Así fue en Honduras, Paraguay, Argentina y Brasil. Sin embargo, la idea de que el derrumbe del chavismo implica el desvanecimiento del ciclo populista en la región es un espejismo.

El populismo nunca pasa sin dejar huellas y esas huellas no son todas negativas. Las recientes experiencias populistas de izquierda –hoy venidas a menos– cambiaron la dinámica política latinoamericana, poniendo el reflector en fracturas sociales latentes.

Quizá el efecto más obvio de esto sea el inédito énfasis conferido por todos los gobiernos de América Latina durante las últimas dos décadas a políticas sociales vigorosas, capaces de hacer una diferencia en los niveles de pobreza y desigualdad. Ese énfasis debe más de lo que usualmente admitimos a Hugo Chávez, en algunos casos por imitación de sus políticas y en otros por la preocupación de prevenir brotes populistas similares.

La inversión pública en rubros sociales creció en América Latina de un promedio de 13% del PIB en 1990 a más del 19% hoy. Esa es una de las causas de que la pobreza (también la desigualdad, aunque en menor grado) haya disminuido visiblemente en la región y que ni aún la desaceleración económica regional haya resultado en un desplome de los indicadores sociales.

Hay un segundo sentido en el que el fin del experimento bolivariano no implica el fin del populismo. En la historia latinoamericana este último es una criatura proteica, un estilo político nada ligado a una ideología determinada. Esa criatura prolifera en las miasmas de la desigualdad y la insatisfacción con las instituciones. El populismo es un síntoma de fracturas sociales y políticas profundas. La apelación al resentimiento contra una élite rapaz y al abandono de instituciones republicanas creadas para limitar el poder nunca atrae una audiencia en una sociedad satisfecha consigo misma.

Es aquí que hablar del fin del ciclo populista en América Latina resulta autocomplaciente y peligroso. Con todo y los avances sociales, de acuerdo con cifras del Barómetro de las Américas, para el año 2015 casi tres cuartas partes de la población latinoamericana estimaba que la distribución de la riqueza era injusta en sus países, en tanto que más de dos tercios manifestaban estar convencidos de que el gobierno toma sus decisiones para favorecer a los poderosos. Un magro 38% estaba satisfecho con la democracia. Esas son las sociedades que deben resistir los cantos de sirena de los redentores populistas.

En muchos países no los resistirán en el futuro como no los resistieron en el pasado. ¿Fin del ciclo populista? Ahí está Andrés Manuel López Obrador, que conoce como nadie la partitura del resentimiento, encabezando las encuestas en México.

No nos engañemos: no hay un “ciclo populista” en América Latina. Hay una tentación populista permanente nacida de injusticias acumuladas, crónicas debilidades institucionales y canchallas nacidas al amparo del poder. Por esa ruta, la democracia vive peligrosamente. Y el accidente invariablemente llega.

Kevin Casas Zamora es integrante del Diálogo Interamericano. Ex vicepresidente de Costa Rica.